

# Cómo la Metrópoli Consume Pueblos

## *El Caso de Antioquia*

César Quintero\*  
Edinson Muñoz Ciro\*\*

### **Síntesis**

En las últimas décadas se ha observado una transformación radical de la relación entre ciudades y pueblos, marcada por la erosión de la capacidad productiva, seguridad alimentaria y autonomía del campo, así como de su vocación de abastecimiento de las áreas urbanas. Este fenómeno, aunado a la violencia que azota las zonas rurales, ha generado el debilitamiento del tejido social rural y el desplazamiento de una población que espera encontrar en la ciudad unas oportunidades de vida que le han sido negadas. Tal situación ha sido propiciada y reforzada por unas políticas públicas a favor de las urbes y por un modelo de inversión que considera la ciudad como el único escenario de desarrollo posible. Frente a ello, se requiere fortalecer la organización campesina, dinamizar la actividad agrícola y reconocer al país rural su lugar en la construcción de soluciones a la marginalización y al empobrecimiento del campo.

### **Palabras Clave**

Ciudad, ruralidad, seguridad alimentaria, abastecimiento, capacidad productiva, marginalización, violencia, políticas públicas, inversión, producción agropecuaria, producción industrial, país rural, país urbano.

### **Key words**

City, rurality, food security, supply, productive capacity, exclusion, violence, public policies, investment, agricultural production, industrial production, rural country, urban country.

### **About how the Metropolis Consumes the Villages: The Case of Antioquia**

### **Abstract**

In the last decades, a radical transformation of the relation has been observed among cities and villages; it is marked by the erosion of the productive capacity, food security and field's autonomy, as well as of the vocation of supply to the urban areas. This phenomenon united to the violence that hit the rural areas has caused the weakening of the social rural fabric and the displacement of a population who expects to find in the city some life's opportunities that have been denied to their. The above-mentioned situation has been caused and reinforced by some public policies in favour of the cities and by an investment model who considers the city as the only possible scene of development. Face up to this it's needed to strengthen the rural organization, to stimulate the agricultural activity and to recognize the rural country its place in the construction of solutions to resolve the exclusion and the impoverishment of the field.

\* cesarquintero@une.net.co

\*\* Biólogo. Magister en Bosques y Conservación Ambiental. Director de la Fundación Con Vida y de la Revista Ambiental ÉOLO.

## Transformaciones en la vocación de la ruralidad; o cómo los pueblos perdieron su autonomía

La relación entre la ciudad de Medellín, que nuclea alrededor de sí los municipios del área metropolitana del Valle de Aburrá, y las entidades territoriales municipales que conforman las restantes subregiones del departamento de Antioquia, ha cambiado radicalmente durante las últimas décadas. De una relación en la que las municipalidades rurales enviaban bienes a la ciudad, se ha pasado a una dependencia de éstas respecto a la urbe que las provee de los productos que antes generaban. Cada día, la bilateralidad beneficia más a la ciudad, que incrementa sin cesar su hegemonía como receptora de alimentos que llegan cada vez de sitios más lejanos, y se consolida como centro abastecedor del resto del departamento. Esta situación es variable en todos los departamentos del país, y constituye una de las causas estructurales de la insostenibilidad del desarrollo agropecuario en Colombia.

Anteriormente, los municipios del departamento constituían la despensa agrícola de Medellín; era en los pueblos donde se recibían y redistribuían los productos agrícolas hacia las regiones donde no se producían. Las subregiones de Antioquia tenían una capacidad productiva que les permitía abastecerse de la mayor parte de sus demandas de alimentos e importar desde otras regiones los productos, que no generaban por razones climáticas. En general, las economías locales tenían fortaleza en uno o varios productos, por ejemplo la panela, la cual complementaban con una gran riqueza productiva que les permitía garantizar la seguridad alimentaria regional. Esta ventajosa situación es recordada por la población de municipios como Cañasgordas, en el Occidente de Antioquia, donde las personas mayores aún evocan la gran cantidad de frijol, maíz y frutales que se producían

para el abastecimiento de la localidad. Asimismo, los municipios vecinos del occidente medio antioqueño y Medellín proveían manufacturas, textiles y alimentos procesados. Igual situación se podía observar en el oriente antioqueño, en municipios como Sonsón y Cocorná.

En las décadas del 40, 50 y 60 del siglo XX, las regiones basaban su economía en modelos de producción eficientes ecológica y socialmente. En el nordeste antioqueño, en municipios como Yolombó y Amalfi, cohabitaban los bosques en las cañadas y las partes altas de las pendientes, con una fuerte agricultura basada en la producción de maíz, frijol, café y ganado. En el occidente, el municipio de Uramita era un gran productor de algodón, con un cultivo rentable que generaba muchos empleos en articulación con la desmotadora que existía en la zona. Como éste, hay numerosos ejemplos de cultivos relevantes en términos económicos, ecológicos y sociales que se han ido perdiendo progresivamente.

Otro caso es el de la, hoy perdida, zona cacaotera del municipio de Támesis y de su economía campesina fundamentada en el café, la cual se ha reducido de manera impresionante con respecto a lo que existía hace 10 o 20 años. Anteriormente, Támesis contaba con 4.000 hectáreas de caficultura campesina, donde el café se sembraba en asociación con otros cultivos vitales para la economía familiar; en la actualidad, estas hectáreas se reducen a 1.800, con la consiguiente pérdida de empleos y de alimentos producidos. Los grandes monocultivos establecidos en otros municipios suplen el volumen neto de producción de café desde la perspectiva departamental; sin embargo, no compensan el déficit en la producción de alimentos que sufre la comunidad campesina cafetera. El cambio de sistema cafetero diversificado a monocultivos señala una pauta para entender la pérdida de la producción de alimentos en las subregiones. En el municipio de Frontino, por ejemplo, la economía era supre-



mamente diversificada, ya que se producían leche, frijol, maíz, café y frutas. Actualmente, se está centrando en la producción de leche y panela, lo que obliga al municipio a depender de otros para el suministro de alimentos.

En las actuales circunstancias, los sistemas productivos locales ya no son capaces de competir con los proveedores nacionales e internacionales, muchos de estos últimos beneficiándose de una agricultura subsidiada. En consecuencia, las comunidades locales pierden la capacidad para generar y consumir sus propios alimentos, y pierden poco a poco la diversidad genética de los cultivos tradicionales, en los que se ha fundamentado la producción agropecuaria.

Lo que prevalece en los municipios es una tremenda pobreza en el número de opciones económicas ya que, salvo la producción de panela de algunos municipios, de café o de leche en otros tantos, es muy poca la variedad de líneas productivas fuertes, capaces de generar empleos dignos, producir riqueza y movilizar la economía de forma sostenible y a largo plazo.

Así, la autonomía de las subregiones prácticamente ha desaparecido, tal como se puede evidenciar en cualquiera de los municipios de Antioquia, con las personas propietarias de tiendas donde se comercializan legumbres, o con quienes laboran en las plazas de mercado. Al preguntarles de dónde provienen los productos que venden, ya sean alimentos procesados, medianamente procesados y comida fresca, verduras, hortalizas, frutas y granos, afirman que un porcentaje muy alto llega de Medellín. Con esta forma de intercambio, la ciudad desplazó a las subregiones en el suministro de aquellos bienes alimenticios que producían hace 20 o 30 años; se pasó de una ciudad capital receptora de alimentos provenientes de los municipios rurales, a una metrópoli abastecedora de estos productos que vuelve absolutamente dependientes de ella las economías de municipios como Yolombó, La Ceja, Segovia, Amalfi o Vegachí.

Con la simplificación de la base productiva de la ruralidad, se fragiliza el fundamento de la economía y se eliminan ecosistemas estratégicos como los bosques, cuya destrucción se relaciona directamente con la desregulación del ciclo hidrológico local, el desecamiento de acuíferos y la grave disminución de la oferta hídrica superficial, que se manifiesta en expresiones ya comunes como: “se secaron las quebradas y los nacimientos de agua”. Esta situación convierte las subregiones en unos “desiertos verdes” cubiertos con monocultivos de grama nativa o con el rastrojo que surge espontáneamente después de la deforestación, como sucesión secundaria de los bosques y de los cultivos que se han eliminado.

La pérdida de la capacidad productiva local, la carencia de sistemas de producción agrícolas e industriales en los municipios y el incremento abismal de la dependencia de estos respecto a la metrópoli traen, como graves consecuencias, la desactivación de la organización social en el ámbito rural, el fuerte aumento del número de personas desempleadas que migran a los grandes centros urbanos y, en definitiva, la pérdida de la cultura campesina. En la ciudad, la llegada de estas personas aumenta los problemas sociales que allí se generan, ya que muchas, por sus dificultades económicas y bajo nivel educativo, se ubican en zonas marginales y de alto riesgo, contribuyendo al crecimiento urbano desordenado.

Lo que acontece hoy es todo lo contrario a lo proyectado desde el pasado. Los problemas económicos y políticos, generados por los sectores y personalidades dirigentes que han manejado el país, el departamento y los municipios, pusieron frenos y mullas a la realización del sueño de los fundadores de los pueblos, y llevaron a la población descendiente a vivir en sitios muy pobres y a sentir que lo producido por su trabajo no es importante.

## Violencia y pobreza rural

Este país rural, invisible para la gente citadina, es también el que pone los guerreros, los muertos y los cultivos ilícitos manchados con la sangre de los ecosistemas y de las comunidades. El país rural es el territorio donde están los laboratorios que producen la droga, ésta que atiza con generosidad el desangre del pueblo colombiano.

Frente a la espiral de pobreza, la posibilidad de ingresos que ofertan los ejércitos, ya sean regulares, subversivos o paramilitares, constituye un espejismo que atrae en sus filas a numerosos campesinos e hijos de campesinos que precisamente no han encontrado empleo o han perdido sus fincas. El reclutamiento de pobladores rurales es de tal magnitud que puede afirmarse que gran parte del problema de la violencia en Colombia, desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, es fruto de las pérdidas acumulativas del potencial productivo económico de los municipios.

Si Antioquia y los restantes departamentos de Colombia tuvieran municipios sostenibles en términos integrales, con una sólida base productiva diversificada y una economía campesina consolidada, como lo eran en la década del 40 y 50 del siglo pasado, el empleo sería masivo y, difícilmente, estos ejércitos hubieran encontrado hombres para el combate. Si los hijos de nuestros abuelos hubieran contado con opciones económicas viables, en sociedades integradas en el campo, no existirían muchos de los actuales y pasados guerreros que tiñen de luto estas tierras.

Muchas de las personas que protagonizan esta larga historia del violento conflicto colombiano no hubieran tenido la necesidad de buscar en la guerra la mejor opción económica para garantizar su vida y la de sus familias. Nuestra tesis es que la negación de opciones económicas para la población nativa de los municipios no es fortuita, sino que corresponde a una decisión planificada, acorde con

una política enfocada de manera deliberada hacia el fortalecimiento de la ciudad.

A esto se agrega que, en períodos muy específicos de nuestra historia, se han provocado y realizado desplazamientos masivos de comunidades campesinas que ocupaban territorios interesantes para el gran capital. Desde esa perspectiva, durante la violencia de la década del 50 por ejemplo, se realizaron guerras para tomar violentamente los suelos de la zona cafetera. Más recientemente, en la década del 90, la estratégica zona de Urabá adquirió gran valor económico y casualmente allí se desplegó una enconada violencia que permitió a los potentes la expansión de sus haciendas. Igual situación se presentó en las ubérrimas tierras de Córdoba. Así, la realidad en los campos permite evidenciar, en momentos muy precisos y coyunturales, la existencia de un direccionamiento que expresa una voluntad política de lograr el desplazamiento campesino.

## Unas políticas públicas a favor de las ciudades

El sombrío panorama que se observa en los campos se debe básicamente a la decisión de políticos, líderes y administradores de recursos públicos que focalizaron la ubicación de los medios en las urbes, considerando la ciudad como el único espacio donde se merece invertir, transformar y valorizar y donde es posible vivir con relativa dignidad.

En términos generales, el drama que viven los colombianos es una nefasta consecuencia de la línea de manejo del país, que privilegia a los centros urbanos y metrópolis como los sitios en los cuales se debe invertir el presupuesto de la nación. Allí, se privilegió la localización de una amplia oferta educativa universitaria y tecnológica, como ocurre también con el sistema de salud, al establecer los hospitales y centros de investigación en las prin-

cipales ciudades; con ello, se obliga a las personas de los municipios, que se quieren educar o que requieren una atención especial para su salud, a movilizarse y ubicarse en las ciudades para acceder, con muchas más opciones, a estos servicios públicos fundamentales. Lo mismo ocurre con las soluciones de vivienda que presentan una diferencia abismal en cuanto a la proporción de viviendas de interés social construidas en la ciudad respecto a los municipios rurales.

En estas condiciones, es prácticamente inevitable para las poblaciones rurales en crecimiento ver en la ciudad la única opción para encontrar educación, salud, vivienda y todo aquello que corresponde a una vida digna, pues la exigua inversión en infraestructura social y productiva de los municipios les ha mermado capacidad para albergar en condiciones decentes a sus habitantes.

En contraste, llama la atención la ausencia de apoyo estatal a la producción campesina ante las crisis cafetera y panelera que afectaron al campo. A ello, se agrega la crisis recurrente de cada gremio ante la falta de extensión rural, investigación e infraestructura. Así, el aparato productivo rural de los municipios se fue quebrando bajo las condiciones prevaletentes de inversión departamental y nacional, que privilegiaron a las ciudades para realizar, desde ellas, el desarrollo del país.

En las urbes se encuentran los negocios que interesan y pertenecen a la élite dirigente del país, que se enfocan básicamente en la industria, la construcción, el sistema financiero y el dominio de las importaciones y exportaciones como ámbitos privilegiados para enriquecerse y generar crecimiento. La creencia generalizada es que la mayor utilidad económica se genera en las ciudades y que, sólo con el desarrollo de las centralidades urbanas, el país podrá llegar a los niveles de desarrollo exigidos por las élites internacionales. No debe sorprender entonces que la política prevaletente fundamenta todas sus posi-



bilidades de desarrollo en el sueño de la producción industrial, considerada por las burguesías nacionales, dueñas de gran parte del territorio, como más lucrativas que la agricultura. Históricamente, a los detentores de la propiedad de la tierra no les ha interesado la producción agraria para la generación de riqueza; para ellos, la tenencia de tierras es esencialmente un asunto de estatus y de especulación.

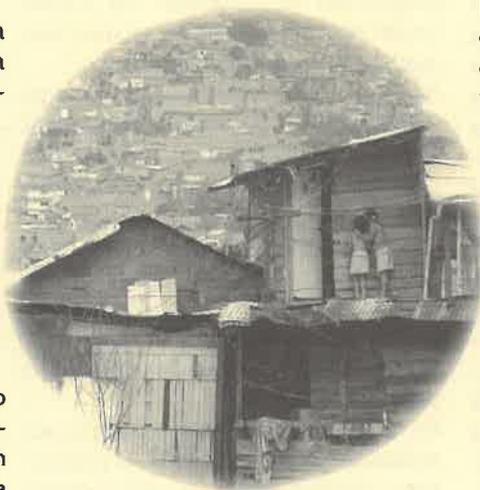
La nación fundada con esta política se roba el civismo que demanda la construcción de un país de producción agrícola. En realidad, se dejó de apoyar al que nunca debió haber sido abandonado: el campesino. Las políticas de desarrollo rural implementadas son generalmente inadecuadas y sin continuidad entre los gobiernos de turno; no se evidencia, en estas propuestas, la voluntad de fortalecer la economía campesina. Ello deja como resultado una ciudad que se convierte en depredadora de la ruralidad y en la gran promotora de la desaparición de la vocación campesina departamental.

Esta situación es un círculo vicioso alimentado por la merma sistemática de la capacidad productiva en los municipios, la mengua de la capacidad de sus habitantes para ganarse la vida con dignidad y, en contraposición, el fortalecimiento de la inversión en la ciudad, lo cual lleva a las personas del campo a migrar hacia ella. La desproporción entre campo y ciudad se magnifica con la violencia endémica impuesta por grupos armados legales e ilegales que justifican su actuación con la fragilidad económica de la población, provocada precisamente por las políticas públicas. Todo ello pareciera evidenciar una política de Estado conducente a debilitar y extinguir la economía campesina.

En definitiva, el país rural en Colombia no determina ni la economía ni la política; la gran mayoría de los municipios rurales de Antioquia y Colombia consumen mucho menos que un barrio de Medellín y pone pocos votos. Sin embargo, paradójicamente, es el país

quien realmente puede proponer una solución real a los graves problemas políticos colombianos.

La pregunta obvia es: ¿Qué deben hacer las regiones rurales para recuperar su vigor, su autonomía y su pertinencia, ante la égida de una ciudad que arrasó el ideal económico y político de los municipios?



### Pistas para una ruralidad sostenible

¿Cuál es el costo real para la sociedad en general, el departamento de Antioquia y los municipios en particular, de la fuerte dependencia de los territorios municipales respecto a la centralidad urbana departamental? Una aproximación a este valor es lo que representa para la economía de Antioquia el costo de alimentos como el fríjol, maíz, yuca, hortalizas y frutas provenientes de otros departamentos, e incluso países, que abastecen la Central Mayorista de Antioquia y, desde ahí, las plazas de mercado y los municipios hasta donde se transportan los alimentos y productos en camiones de escalera. Entre los valores implicados se debe incluir el costo en sí de los productos, más el de transporte, reparación y mantenimiento de carreteras y del parque automotor.

Gran parte de estos costos se podrían evitar si se volviera a producir, en las localidades, los alimentos favorecidos por el clima y los suelos. Recuperar la producción agrícola en los municipios y subregiones es perfectamente factible ya que hay suficiente disponibilidad de suelos productivos. Incluso, con el propósito fundamental de generar condiciones para la paz y la prosperidad de una población en crecimiento, es absolutamente viable dinamizar la actividad agrícola con la transformación de los productos, lo que significa agregarles valor y optimizar los procesos para garantizar un retorno permanente de la materia orgánica, adecuadamente procesada, a los agroecosistemas, propiciando así una gestión ambiental lo más adecuada posible.

Desde esta perspectiva, no tiene sentido que las trilladoras de café estén ubicadas en Medellín; lo más conveniente sería localizarlas en las zonas cafeteras para que agreguen valor al trabajo de los caficultores. Aunque entables de este tipo realizan un meritorio trabajo en municipios como Andes y Bolívar, aún son insuficientes, ya que deberían estar ubicados en todas las zonas caficultoras para generar empleos y enriquecer los circuitos económicos en las regiones productoras. La necesidad de integración con la industria, con el fin de agregar valor a la producción agropecuaria, se puede aplicar a las hortalizas y las frutas. Sin problema, se pueden transformar estos productos en las regiones productoras para alimentar la amplia gama de conservas y preparaciones que se venden en los supermercados de la ciudad. Por desgracia, la vocación productiva de la ruralidad departamental ha estado muy enfocada a la minería, a las explotaciones forestales y, en formas muy incipientes, a las actividades agrícolas y pecuarias que aún persisten gracias a la gran fortaleza que tuvieron en el pasado.

Sin embargo, aún en situaciones con tantas desventajas, nos encontramos con posturas valerosas y hermosas que nos ofrecen con generosidad al-

ternativas de solución. Tal es el caso de las mujeres de Yolombó, que con su gran capacidad y tenacidad producen fríjol, ya que tienen conciencia de que es la única forma de recuperar sistemas productivos ancestrales, garantizar la seguridad y la soberanía alimentaria de su municipio y reafirmar su compromiso con la comunidad local.

Igualmente, lo que se requiere para devolver al campo su lugar en el destino del país, es el fortalecimiento decidido de la organización de todas las voces, esfuerzos y sueños de las personas que acompañan a las comunidades rurales, llámense técnicos, educadores o promotores del desarrollo; pero de manera especial, se requiere el fortalecimiento de la organización de los mismos campesinos, para que estas fuerzas vitales copen los espacios de gestión popular, habiten los terrenos de la democracia participativa y respondan con su acción a los llamados de la Constitución Nacional del 91. La alternativa real a la marginalización del campo es el agrupamiento y la construcción de sólidas plataformas desde las cuales puedan desplegarse con fuerza las visiones campesinas, ya sean mestizas, indígenas o afrodescendientes, es decir, de todos aquellos cuyo modo de vida se fundamenta en la producción agrícola, en condiciones muy limitadas desde los recursos de tierra y dinero.

Para que cese el desprecio y la invisibilización de los espacios rurales, la organización campesina debe expresarse con voces fuertes, capaces de convocar la atención nacional, interpelando al país urbano, aquel que tiene entrada en las instancias internacionales, que reluce en los medios masivos de comunicación, direcciona la voz de los periódicos y todos los días plasma con su ideario el texto de la radio. La participación campesina debe ser capaz de mirar a quienes la niegan, y decirles: “¡Nosotros queremos producir comida aquí, para que no la sigan trayendo de Holanda ni de China, pero también queremos producir comida para no tener que seguir

sembrando coca y, sobre todo, para no tener que seguir poniendo guerreros en la guerra!”

Pues, ¿cómo creer que los políticos, que con su ceguera de varias décadas han ocasionado el problema, puedan resolverlo manteniendo la misma deficiencia sensorial? Para encontrar una alternativa de solución, es necesario comprender que ésta no se halla en los políticos de la ciudad, porque ellos perdieron totalmente la capacidad de ver el país rural, que niegan desde hace más de 60 años.

Finalmente, lo que se requiere para encontrar una posible salida a la marginalización y al empobrecimiento general del campo en aspectos culturales, productivos y ecológicos, es volver a mirar a las subregiones y a los pueblos como los percibieron los abuelos: como sitios donde es posible producir con generosidad, ánimo y amplia perspectiva económica. Se trata de reivindicar y recuperar el arraigo campesino de los antepasados fundadores de estos pueblos, los cuales sintieron que los suelos y la geografía eran capaces de propiciar riqueza y asentar una población hacia un futuro que superara las decenas de años, y soportara las generaciones venideras en condiciones dignas basadas en el trabajo productivo. Pues los ancestros vieron en estas cordilleras sitios realmente prósperos, y encontraron en los suelos, aguas, bosques y montañas, lo adecuado para configurar territorios capaces de forjar pueblos sin límites en el tiempo.

